

Introducción

Dossier “*Trilce* y el habla salvaje”.

Un año antes de que se cumpla el centenario de la publicación de *Trilce* (1922) de César Vallejo, decidimos convocar a poetas e investigadores, para el número 13 de *El Jardín de los poetas* (diciembre 2021). Esa centralidad, la de un libro, se abrió en las respuestas, y a la vez se unió al gesto de rescatar dos prólogos fundamentales, uno de Martín Prieto a los *Poemas juveniles* y *Los heraldos negros*, y uno de Daniel García Helder, a *Trilce y Escalas melografiadas*, ambos de 1993. Dos textos fundamentales de la lectura de César Vallejo en Argentina, y sin circulación hace años. La idea del dossier no era el homenaje y, a partir de los ensayos y artículos que llegaron, podríamos decir aquello que traen: la escritura de Vallejo, si bien tiene una tradición bibliográfica enorme, sigue presentando algo de irreductible, produce un salto y es rodeada una y otra vez.

En este sentido, el artículo de Carlos Fernández y Valentino Gianuzzi vuelve sobre la cuestión del nombre de *Trilce* y de su recepción e intenta desmontar lo que ellos llaman “crítica testimonial”; así, proponen una nueva arqueología que permitiría, afirman, revisar las relaciones de Vallejo con las vanguardias históricas europeas. Estos vínculos también son pensados por Danilo Mataveli, desde Brasil. Su “César Vallejo e a Semana de Arte Moderna de São Paulo”, examina tanto el Modernismo brasileño, desde las figuras de Mário y Oswald de Andrade, como el movimiento Pau-Brasil. Es de gran interés la reunión a partir de un momento histórico de apertura y experimentación estética; sin embargo, Mataveli establece una distinción flagrante entre los campos poéticos peruano y brasileño; entre la aristocracia de los poetas modernistas y Vallejo, que gana “un sueldo de cinco soles”. Y otra, que como gesto crítico se instala en una zona menos explorada: una distinción entre discurso y práctica poética; entre enunciación y procedimiento. Entre lo dicho como manifiesto por los modernistas, según Mataveli, y la ejecución vallejeana de esa enunciación, se abre una dimensión humana y política peculiar. La importante, en ese caso, es la escritura de Vallejo, y en esa lengua, además, la aparición del mestizaje que lee como “un acento”.

Es José Antonio Mazzotti, uno de los especialistas latinoamericanos más importantes de los estudios vallejanos, quien aborda, específicamente, este mestizaje. No ya en la poesía de Vallejo (aunque con referencias a sus libros) sino en la novela *Fabla salvaje* (1923). Porque sus personajes, Adelaida y Balta (“el horla andino”, leemos en este texto), son cholos, no indígenas. La figura del doble, entonces, instala una otredad que es también la de Vallejo. Un extrañamiento que se asocia con la tradición, como corrimiento del estilo modernista o realista y con un habla salvaje, con una “sensibilidad salvaje”, no adocenada, ajena a la civilización. La figura del mestizo/a, para Mazzotti, recupera ese doblez colonial y presente que se lee como abanico de múltiples sorderas. De esta



manera el crítico se manifiesta en contra de la idea de un tono desolado, melancólico, de “una esencia lamentosa” como signo identificador del habitante andino.

Finalmente, dos lecturas que se sitúan más en la zona del propio gesto artístico o literario. El título del breve ensayo de Carmen Ollé instala esa posición, “La lectora de Vallejo”. Reforzada en la serie de preguntas “¿Qué me dice a mí Vallejo? ¿Qué me dice el cuerpo en su poesía? ¿Cómo asocio esta poesía a mis referentes lingüísticos y psicológicos?”. Ollé sostiene estas preguntas como ritornelos silenciosos en su ensayo, y a partir de allí se produce una lectura del cuerpo en Vallejo, una hipótesis de una enorme potencia que podría traducirse como la imposibilidad de separar cuerpo y palabra en César Vallejo. Una lectura que dialoga con ciertas líneas del psicoanálisis pero también con la propia obra de Ollé, con su *Noches de adrenalina* (1981). La reunión de psicoanálisis y materialismo; la articulación (al modo de un sellado) entre la lengua y lo orgánico, están, dice Ollé, en la poética vallejana (que es necesario desalojar de la idea de enigma) y son un eje persistente en la poesía de la peruana. La lectora, entonces, es también la escritora.

Lo que trae a este dossier el chileno Felipe Cussen es ya una experimentación sonora a partir del poema XXXII de *Trilce*, armando un linaje con la tradición occidental de la poesía fonética. Otra vez, *Trilce*, está pegado a la lengua, materialmente, incluso. Desde una performance artística (cuyo registro fragmentario nos fue cedido) Vallejo es, nuevamente, lo que suena, el que hace “tanta bulla”, el que trae “la fabla salvaje”.

